

La historia del Titanic, una solemne advertencia

Otro enfoque

biblicom.org

La temperatura bajó a un grado bajo cero. Sin las olas y el contenido de sal del océano, el agua se congelaría. El aire huele a hielo, el frío es polar. El gigantesco barco ¿compite por la “Cinta Azul”?, el trofeo que se otorga al transatlántico más rápido en cruzar el Atlántico. Cada nudo adicional de velocidad lo acerca a su objetivo...

“¡Icebergs y bloques de hielo por delante!” Por tercera vez suena la alarma en la sala de control del Titanic. Jack Phillips, el primer radiotelegrafista a bordo, garabatea rápidamente la noticia en un papel. Un marinero corre a llevárselo al capitán Smith. Lo miró y lo fijó en el tablón de anuncios. La advertencia vital no surtió efecto. ¡No hay tiempo! Esta noche hay algo más en el orden del día: está previsto un festín real para los pasajeros más ricos del Titanic.

14 de abril de 1912 –a las 23:40 horas. El transatlántico casi ha alcanzado su velocidad máxima. El cielo, brillante de estrellas, no tiene luna. Desde la cofa situada a veinte metros de la cubierta, los vigías Frederik Fleet y Reginald Lee otean el mar. No tienen faro ni prismáticos. ¿Qué sentido podría tener? Este barco ultramoderno ha sido declarado insumergible. ¿No se dijo que “el mismo Dios no podría hundirlo”? Fred Fleet ve de repente una masa negra en el camino de la nave. Inmediatamente toca la campana de alarma. “¡Un iceberg, delante!”, grita en el teléfono que le conecta con el puente de mando. El primer oficial reacciona inmediatamente: “¡La barra a estribor todo! ¡Máquinas atrás, todas!” ¡Demasiado tarde!

La poderosa masa del iceberg golpeó varias veces la proa por debajo de la línea de flotación. Su mortal filo abrió una brecha de cien metros en el casco. ¿No es precisamente bajo esta línea donde una mano impía habría escrito: “No God... –¿no hay Dios?

Unos minutos después, el capitán se apresuró a ir al puente y ordenó que se cerraran los compartimentos estancos. “Ya está hecho”, respondió el primer oficial.

Las investigaciones posteriores revelaron que el destino del Titanic dependió de un trágico segundo. Un segundo, y el barco podría haber evitado el iceberg. –¡Un solo segundo! Por una cuestión de vida o muerte. ¿Acaso la vida de muchas personas no tiene un paralelo trágico? De nuevo, es cuestión de un segundo decisivo: de repente se rompe el cable del remolque, de repente el cable cede, de repente es el infarto...

¿Y después? –La entrada en la eternidad. ¿Dónde? Con Dios o bien... ¿Dónde pasará usted la eternidad? ¿Se ha reconciliado con Dios? La Biblia dice: «Hoy, si oís su voz, no endurezcáis vuestros corazones... ¡Terrible cosa es caer en manos del Dios

vivo!» (Hebr. 3:7-8; 10:31) Abrid vuestro corazón a la llamada de Dios. Él le ofrece la reconciliación a través de su Hijo Jesucristo, que murió en la cruz por los pecados de los hombres. No hay indulto cuando ese segundo decisivo le lleva a la muerte. Solo hay un «hoy», solo hay un «ahora».

Tan silenciosamente como llegó, el iceberg desaparece en la noche helada. Cinco minutos después, los motores del barco se pararon. El silencio repentino, la falta de desplazamiento de aire y de vibraciones despertaron a muchos pasajeros. Enfrentándose a la fría noche estrellada, algunos se aventuraron a ir a la cubierta. “¡Todo está en orden!”, les aseguraron, conforme habían recibido la consigna. Muchos vuelven a la cama. En las salas de fumadores, los juegos de cartas continúan. Hay trozos de hielo en la cubierta. Unos cuantos millonarios aprovecharon la ocasión para jugar un partido de fútbol, –¡una grata diversión! Pero en realidad, nada está en orden...

En cubierta, no puede pasar desapercibido el ominoso sonido del aire que el agua helada del Atlántico expulsa del barco a una velocidad fatal. Cada segundo, cinco toneladas de agua salada entran en el casco del Titanic y destruyen irremediablemente los motores. Una visita de inspección confirma la sentencia de muerte dictada sobre el barco: una hora y media más y será el fin del Titanic. Todavía una hora y media...

Hay unas 2.200 personas a bordo. Afortunadamente, los botes salvavidas estaban disponibles –¡desgraciadamente, había muy pocos! Solo la mitad de los pasajeros podrán subirse en ellos. Sin ayuda externa, unas 1.100 personas serán condenadas a una muerte horrible. ¿Quiénes serán las víctimas?

El capitán Smith informó a los pasajeros de primera clase de la situación. A ellos, los primeros, les ofrece lugares en los botes salvavidas; juzgando las vidas humanas, ¡da prioridad a los ricos sobre los pobres! –Dios actúa de manera diferente. Completamente diferente. No hace distinción entre las personas. Rico o pobre, joven o viejo, sea cual sea el color de su piel o su origen, todo ser humano ha sido creado por él. Y Dios quiere salvar a todos de la perdición eterna. Por eso os ofrece su maravillosa gracia: sube al “bote salvavidas” de Dios. Creed en el Señor Jesús y confesadle vuestros pecados. Este singular “bote salvavidas” está a su disposición. Ofrece un lugar a todos los que quieran venir. Vengan –sí, deben querer venir, cada uno por sí mismo. Venir porque se ha reconocido la necesidad de ser salvado de los pecados. La Biblia dice: «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados». Y: El que cree en Jesucristo «no entra en condenación, sino que ha pasado ya de muerte a vida» (1 Juan 1:9; Juan 5:24) –la vida eterna con

Dios, que entonces comienza para él.

Treinta minutos después de la colisión, los primeros pasajeros se pasean por la cubierta, con chalecos salvavidas sobre sus abrigos de lana o piel. Ninguno de ellos es aún consciente de la gravedad de la situación. Nadie se da cuenta de que la proa está ligeramente inclinada. Apacible, brillando con todas sus luces, parece flotar en la tranquila superficie del agua... El miedo solo se despierta cuando se trata de subir a los frágiles botes salvavidas de madera. Así que el primer bote es bajado ocupado solo a mitad. ¡Qué desperdicio!

Entonces, por fin, se hacen llamadas desesperadas de auxilio: “SOS –nos hundimos– ¡vengan rápido!” Algunas naves captan las señales de socorro y responden. Pero no pueden intervenir, están demasiado lejos.

Poco a poco, los pasajeros de segunda y tercera clase también acuden al puente. Pero nadie quiere creer todavía que el Titanic pueda hundirse; y nadie sabe que los escasos botes salvavidas condenan a la mitad a una muerte horrible. Los responsables, los que saben, no actúan en consecuencia. Dieciocho de los veinte botes han sido bajados, algunos ocupados solo a medias.

Son las 2:10 de la mañana. El último bote salvavidas hace tiempo que se fue. La proa del Titanic está bajo el agua. Lentamente, la popa se eleva. Los pasajeros que han permanecido en el barco se desplazan hacia la popa: –maridos y padres que han visto partir a sus esposas e hijos. Muchos murmuran oraciones; otros prefieren el alcohol. El violinista Wallace Hartley coge su violín por última vez y toca “My God, nearer to you...” (Dios mío, más cerca de ti). Mucha gente se puso a cantar el cántico. La mayoría de los testigos presenciales lo atestiguarán. Un pastor ora en voz alta e insta a los desesperados a confesar sus pecados a Dios.

Otros diez largos y aterradores minutos y el ataúd de metal se hunde en las profundidades del mar. 1.500 personas mueren esa noche. Los 700 supervivientes de los botes salvavidas fueron recogidos cuatro horas después por el “Carpathia”.

El hundimiento del Titanic fue una seria advertencia para no descuidar la salvación del alma. La muerte suele llegar de forma inesperada. Así que no dejad para mañana la cuestión de vuestra salvación. Puede que sea demasiado tarde. ¡Pensad en el final! La Biblia dice: «¡Reconciliaos con Dios!» (2 Cor. 5:20). Es una cosa terrible caer sin reconciliación en las manos del Dios vivo. Él no quiere la muerte del pecador, sino que confiese sus pecados y viva. Dios ha manifestado su amor por los hombres en que «siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Rom. 5:8). Es el “bote

salvavidas”. Después de la muerte, no podrás decidirte por Dios. Hoy, tienes esa oportunidad, ahora. ¡Aprovéchala!